

Madreñas

Manuel Campa

Uno de los momentos más emotivos del reciente congreso de asturianía fue cuando Horacio Díaz, presidente del Centro Asturiano de Montevideo, contó la historia de unas madreñas. Se presentaba la “Antropología Social y Cultural de Asturias, el excelente libro de Roberto González Quevedo, y, en el coloquio que siguió a la exposición del autor, contó Horacio cómo su madre, cuando preparaba las maletas en Prada (Pravia), para ir a América, incluyó, por si acaso, unas madreñas en el equipaje. Iba para una visita de dos meses y se quedó veintidós años, hasta su fallecimiento en Montevideo. Tenía allí una huerta, que cultivaba en madreñas, con gran asombro de los uruguayos que contemplaban aquel calzado insólito. Cuando murió la dueña de las madreñas, dos de sus hijas se las repartieron como recuerdo, n’acordanza, de su madre asturiana.

A quien se sonría ante la historia de unas madreñas -¡qué simpleza!, decía una vecina de mi aldea-, cabe recordarle que no es solamente un calzado que utilizaran en el pasado nuestros campesinos, sino que se trataba de un uso generalizado, que alcanzaba, incluso, a los refinados componentes del Oviedín del alma. Lo recuerda muy bien Pérez de Ayala: “Cuando los ovetenses iban de visita, de tertulia o al casino, se despojaban de las almadreñas al entrar, y las dejaban hasta la salida en el zaguán, enfiladas, como góndolas en embarcadero o las babuchas de los musulmanes en el porche de la mezquita”. (Clarín y Don Leopoldo Alas).

Hace ya una quincena de años, publicó Alfonso Fdez. Canteli un libro admirable sobre las madreñas, con una aportación excepcional al mapa cultural asturiano, ya que mostraba cómo la distribución de los tipos de madreña en Asturias –partiendo de los trabajos de Krüger y Caro Baroja- coincidían, con gran aproximación, con las variantes del bable. Lo mismo podría decirse con respecto al folklore o a las modalidades de bolos. Pues bien, en el desaparecido diario El Independiente de la capital del reino, publicó Luis González Seara, ex ministro de la UCD, un artículo descalificando totalmente que se gastara un duro o un minuto en el estudio de las madreñas. El tono “madrileño”, incluso chulesco, del artículo resultaba sorprendente, ya que su autor había nacido en A Mezquita, entonces una de las zonas más atrasadas de Orense y, por tanto, de España, donde los zuecos –zoca- habían sido un calzado secular. (“Si de los zuecos la sacáis a chapines..., no se ha de hallar la muchacha”, sentencia Teresa Panza). Sorprendía, además, que González Seara, que había tenido unas atenciones extraordinarias con los asturianos, como responsable de las exposiciones de Europalia, en Bélgica, se manifestara en unos términos tan negativos sobre una importante manifestación de nuestra cultura tradicional.

Alguien le respondió a Seara, reprochándole que no conociera el madreñogiro volador, adaptación de la madreña a los nuevos tiempos, del gran dibujante Alfonso, quien comprendió mejor el futuro, por donde debía discurrir la evolución de la madreña, que algún fervoroso asturiano, que intentó adaptar al asfalto unas madreñas de clavos, sin frenos ABS, con las que, naturalmente, estuvo a punto de escalamochase, camín de la Universidad.